

# Matar a Gabo

POR CLAUDIA AMENGUAL  
ESPECIAL PARA GALERÍA

CARTAGENA DE INDIAS, FINES DE MARZO DE 2007.

Querida directora:

Te escribo desde la otra Heroica, el Corralito de Piedra, Cartagena la bella, como Remedios, la que se elevó una vez. Vine con mis libros a contarle a quien quisiera escuchar que también en el sur del sur hay mujeres escribiendo. Y los libros, a los que tanto debo, han hecho su magia. En una noche tibia, sobre el baluarte de San Francisco Javier, con el mar del otro lado de las murallas y el antiguo hotel Santa Teresa vecino, en una intimidad privilegiada, escuché a Carlos Fuentes leer desde las entrañas, con su particular distinción híbrida de azteca inglés, uno de los textos más dolorosos que recuerde. Le agradecí. Habrá creído que era por su obra, y en parte así fue, pero mi agradecimiento fue más de madre que de lectora. A Fuentes se le han muerto dos hijos, dolor del cual no se vuelve. Si el hombre que hay en él todavía vive, te aseguro que es el escritor quien lo mantiene en pie. "La literatura salva", me dije, ese mantra con el que empiezo cada día.

Una noche después, en el claustro perfumado de Santo Domingo, en medio del silencio atronador de una multitud reunida por el puro gusto de escuchar poesía, me emocionó Juan Gelman que sonreía como si viniera de un pasado entre algodones; sonreía y saludaba, y estrechaba manos y volvía a sonreír. Tan sólo



una inabarcable tristeza en la mirada siempre húmeda, en los aros multicolores de sus ojos cansados de tanto reclamar, tan sólo eso recordaba a Marcelo, a María Claudia, a la nieta recién nacida para él. La literatura salva, Mónica; no lo dudes, es así.

En la tarde, había escuchado al poeta mexicano José Emilio Pacheco. Es un hombre grande, con andar de oso agobiado, la cabeza hundida entre los hombros. A Pacheco le agradecí por su humildad. "Pero, ¿por qué me agradece?", me dijo con algo de coquetería. "Míreme, nomás; si acabo de verme en un espejo; estoy que asusto". Y se acomodó el pelo, un gesto que repitió

antes de cada foto con los lectores que le decían "maestro", y a quienes él respondía que no, que no, que maestro de nada. Le recordé nuestro encuentro en la última Feria de Guadalajara, su cálido saludo y la foto que en aquella oportunidad no pudo ser. Esta vez posó y volví a decirle gracias. Se marchó, probablemente convencido de que se había cruzado con una loca. Claro, Pacheco es un humilde de corazón, además de un orfebre de las palabras. Es difícil que entienda que esa humildad lo vuelve más grande aún en este mar de vanidades en el que algunos bracean, un poco desesperados, para llegar a cualquier orilla. Patética vanidad la del escritor. ¡Quién nos viera trabajar tan solitos!

Hoy salí a despedirme de Cartagena. Caminé cuanto mis pies permitieron; compré un disco con la voz de Juan Rulfo (otro grande); me crucé con un par de guías y con una vendedora de esmeraldas que había conocido unos días atrás. Caminé la ciudad con el alma anudada por una nostalgia que ya

se iba anticipando. Las calles son estrechas; las casas antiguas están pintadas de colores vivísimos, repletas de flores; la gente es un prodigio de cordialidad. "Nosotros no engañamos", me aseguró ofendido un muchacho que me vendió café y que me notó la torpeza ineludible con que los turistas manejan el dinero nuevo. Es cierto; no había razón para la desconfianza. En Cartagena todos cuidan que la gallina siga poniendo sus huevos de oro.

Decidí salir por la Puerta del Reloj, cerca de la Plaza de la Aduana, donde se subastaban esclavos hace tanto, que pocos recordaron esa pena negra la noche en que Fito y Vives hicieron latir el suelo con la fuerza de sus gargantas. "¿La alegría salva?" me pregunto, pero no estoy segura de que la alegría sea siempre salvadora. También puede anestesiar, creo.

Pasé por el Portal de los Dulces con los zapatos en la mano, diluida en la humedad de la tarde toda esperanza de cualquier otra sorpresa. Pero Cartagena es una permanente conmoción del alma. Sentado en un banquito, tras un cajón mal disimulado por un mantel de puntilla, un hombre joven, con expresión dulce, sin aspavientos, escribía sobre papel. Detrás de él, un cartelito decía: "El Portal del Escribano". Y otro: "Se escriben cartas de amor y desamor". En un tercero lucía la lista de precios: "Para conseguir novia: \$1.500. Para reconciliación: \$1.000. Para despedidas: \$1.500. Para perdonar infidelidades: \$1.500. Para confesarlas: \$ 2.000. Cartas clandestinas: \$5.000 (entrega personal y garantía de secreto)"; y así... El afán era grande, y poca la recompensa. Le pregunté por qué lo hacía y me respondió sin dudar: "Porque me gusta. Lo copié de un personaje de *El amor en los tiempos del cólera*. Y Gabo sabe que yo lo hago porque hace poco se lo dije en una carta".

Entonces, recordé por qué había viajado desde Montevideo hasta Cartagena. El Congreso de la Lengua, claro; mejor me

dejaba de ensoñaciones con el escribano enamorado o me perdería la sesión de clausura. Y el homenaje a Gabo, ¿cómo pude haberlo olvidado? Cómo si mi hotel está inundado de mariposas amarillas que cuelgan de los techos; cómo si su foto está en todas partes; cómo si en cada entrevista he tenido que contestar a menos una pregunta acerca de él; si pasé por su bella casa roja junto a las murallas, frente al monumento a los alcatraces donde van a desmelenarse las olas del mar; cómo si compré varios ejemplares de la edición conmemorativa de *Cien años de soledad*. Cómo pude haberlo olvidado, icon todo lo que te debo, Gabo! Algunas de mis horas más entrañables como lectora, que ya es mucho decir en mi vida. Pero también, la enseñanza de que escribir es trabajo, disciplina, voluntad, un soplo de talento y alguna estrellita buena, nobleza obliga, que en todo se necesita un toque de suerte. Una vocación, eso es ser escritor, una vocación a prueba de cualquier desencanto.

Ya que estamos en tema, te confieso algo perturbador. Mi olvido no fue inocente. En realidad, no quería recordar que todos hemos venido a Cartagena a matar a Gabo. De una manera elegante, hasta cariñosa, como para que no haya lugar a culpas y alguien pueda decir un día que somos unos ingratos. Tengo la inquietante sensación de que, con tan magno homenaje, le estamos cerrando suavemente, no ya la posibilidad de escribir, sino de hacer una nueva revolución de la palabra. Quién sabe; quizá Gabo nos tenga guardado algún hechizo y se nos subleve en un libro removedor. O quizá, Mónica, se abra hoy el tiempo fresco de los nuevos escritores, los que día a día nos sentamos en el Paseo de los Dulces y escribimos por poco y nada nuestras modestas cartas de amor.

Un abrazo,  
Claudia